lloso, digno de este gran misterio; su gracia se transforma y pasa á un orden tan superior, que se puede ya llamar una gracia consumada, no porque marque el último término del mérito, sino porque fija y confirma inmutablemente en el bien la voluntad ya impecable.

Según Santo Tomás, lo que determina la medida de las gracias, es la unión más ó menos estrecha con la humanidad y la divinidad de Jesucristo. ¿Pero es posible estar más cerca que María de la Humanidad adorable? Se puede decir que esta naturaleza es algo de María, puesto que ha sido tomada de María, y durante nueve meses se ha nutrido de ella y ha respirado su propio aliento.

En la Eucaristía, Jesucristo se da todo entero, pero bajo extrañas apariencias; en la Encarnación se entrega todo entero á María bajo su forma verdadera y por su contacto inmediato. Por la Eucaristía nos hace vivir de Él pero sin vivir Él de nosotros; en la Encarnación está formado de la substancia de su madre, vive de María como

el fruto de la savia del árbol, saca de ella el alimento, la respiración. ¿No será preciso, pues, que Él á su vez la alimente con su divinidad? A cada oleada de vida que le comunica la Virgen, responde Jesus con oleadas nuevas de gracias, y cada movimiento que recibe de María provoca nueva efusión de sus dones: si vive de su madre, más vive su madre de Él.»

*
* *

Después del nacimiento del Hijo de Dios, la palabra del Ángel, *Dominus tecum* tiene en María otra nueva y dulcísima realidad.

Por espacio de treinta años el Señor está con María, bajo un mismo techo, en la misma choza, en la intimidad de la misma existencia, al calor del ardiente hogar que forma el amor divino de la casa de Nazareth.

El amor que Jesús y María elevan al Padre, es una llama gigantesca que llega á los cielos; es un fuego que incendia, que abrasa, que funde los corazones de la Madre y del Hijo.

¿Qué labio podría describir las escenas de innenarrable ternura, el poema divino, el epitalamio celeste, el idilio inefable de aquellas dos almas enamoradas?

Imposible es al entendimiento del hombre adivinar el lenguaje de la ternura divina; pero el Cántico de los Cánticos hace llegar á nuestros oidos ecos lejanos de un coloquio tan delicado, tan supremo, que no ha podido inventarlo la humana sabiduría.

—Qué bella eres, ¡oh madre amada! qué bella eres. Estréchame entre tus dulces brazos y ponme como sello á tu corazón. Nuestro amor es más fuerte que la muerte misma; es un foco de inextinguibles llamas. No hay torrentes, ni ríos en la tierra que puedan extinguir este ardor de caridad. Una sola de tus miradas me arrebata; uno solo de tus cabellos encadena mi corazón.

Tus besos son miel dulcísima, mezclada con la leche de tu virginal pureza. Bien amada de mi corazón, tú eres un jardín cerrado, una fuente sellada; tu fragancia es el perfume embriagador del Paraíso. Tu hermosura todo lo embellece. ¿No es, amada mía, más bella esta pobre casa que los palacios artesonados de cedro y de ciprés? Inmaculada mía, paloma mía... [1]

---

(1) Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es...

Pone me ut signaculum super cor tuum.., quia fortis est ut mors diiectio... lampades ejus lampades ignis atque fammarum...

Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illan...

Vulnerasti cor meum soror mea sponspa vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine coili tui...

Favus distillans labia tua sponsa, mel et lac sub lingua tua: et odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris.

Hortus conclusus soror mea sponsa, hortus conclusus fons signatus

Emisiones tuæ paradisus malorum punicorum cum pomorum fructibus. Cypri cum nardo.

Tigna domorum nostrarum cedrina, laquearia nostra cyprerina...

Inmaculata mea.. columba mea...

—Dame un beso de tu boca, ¡oh Rey de mis amores! porque tu corazón es más embriagador que el néctar. Tú eres la flor de los campos; el lirio de los valle; eres el árbol frondoso plantado en las soledades del desierto, cuya sombra me da la vida y cuyo fruto es delicioso á mi paladar. ¡Oh, yo desfallezco de amor y de dicha! Sostened con flores, hijas de Jerusalén, este sueño feliz de mi existencia... ¿No veis cuán hermoso, cuán arrebatador es mi amado? Su rostro es varonil; bronceado de oro; sus cabellos espesos como el penacho de la palma; y negros como la noche, como el ala de los cuervos; sus mejillas exhalan dulcísimo aroma, como los pétalos de la azucena; y son sus dulcísimos labios lirios rojos que despiden virginales aromas. Este es mi amado, este el Rey que me ha introducido en lo más recóndito de su amor... [1]

(1) Osculetur me osculo oris sui...

Ego flos campi et lilium convalium...

Sicut malus inter ligna silvarum, sic dilectus meus inter filios. Sub umbra illius quem desideraveram, sedi; et fructus

Decía, en una ocasión, Jesús á sus discípulos: «Todo lo que he entendido de mi Padre, yo os lo he comunicado á vosotros.» Y si, en los tres años de su vida pública, no hizo más que comunicar á las almas las verdades y los secretos de Dios, ¿cuáles serían las revelaciones, las comunicaciones de Jesús con su Madre, á la que consagró la mayor parte de su vida temporal?

El apóstol San Juan que reposó sobre el pecho de Cristo, llegó á conocer con tal profundidad los misterios de Dios, que su Evangelio es un abismo de grandeza... Pero San Juan no tuvo más que un instante reclinada su frente sobre el corazón de aquel Dios-Hombre que vivió nueve

ejus dulcis gutturi meo. Fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore langueo.

Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus.

Caput ejus aurum optimum: come ejus sicut clatœ palmarum, nigrœ quasi corvus...

Genæ illius sicut areolæ aromatum consitæ á pigmamentariis.

Labia ejus lilia distillancia mirram primam...

Introduxit me Rex in cellaria sua...

meses en el seno de María, que pasó en sus brazos los días de la infancia, y todos los años de su vida terrestre en las efusiones de su maternal amor.

Cuando Jesucristo abandona á Nazaret para llevar á cabo la misión sobrenatural que le confiara el Eterno, esta frase del Ángel, *Dominus tecum*, revela otro aspecto de aquella unión indestructible de Jesús y María: la cooperación de la Virgen Madre en la redención de la humanidad.

«Viviendo la Santísima Virgen identificada con el Padre y con el Hijo en sus sentimientos, en su voluntad, se identifica, dice San Bernardo, con Jesús en sus padecimientos». Por eso en la hora suprema, María está al pie de la Cruz. Está junto á la Cruz de su Señor; mejor diré, está con su Señor en la Cruz, porque el Señor está con ella: *Dominus tecum*.

Muerto y sepultado, Jesucristo está en María, porque la tumba del Hijo es el corazón de la Madre. Está con Ella, resucitado y glorioso.

Está con Ella, mientras Ella cumple los días de su terrestre y mortal peregrinación..... Está sí, con María llenando su alma de consuelos inefables, sosteniendo su espíritu en los desfallecimientos de su amor, en su nostalgia del cielo, hasta el momento feliz en que oye la Virgen estas voces de lo alto: *Solve vincula colli tui, captiva filia Sion*. Rompe las cadenas de tu cautiverio, hermosa hija de Sión. Pasó el invierno de tu vida mortal; cesó la lluvia de las desgracias... *Jam enim hicms transit, imber abit et recesit*. Esta es la hora en que deben ya coronarte las flores de la eterna primavera, aquí en el Paraíso de mi amor [1]. *Surge. propera, amica mea, speciosa mea et veni*. Levántate, amiga mía, hermana mía y ven.

---

(1) Flores apparuerunt in terra nostra.

Y llegó por fin ¡oh Virgen Inmaculada! la última y eterna fase de aquella afirmación sublime que te llenó de asombro en la casa de Nazareth: *Dominus tecum.*

El Señor está contigo, no ya en el tiempo ni en el mundo, sino en el cielo y en la eternidad. Si es una gloria para las vírgenes seguir al Cordero Divino por las célicas llanuras, *quocumque ierit*, ¿cuál será tu gloria, sentada como estás á la diestra del Rey en su mismo trono? [1] ¡qué digo! eres tú su trono en la gloria, porque tú eres el sol donde fijó el Señor su tabernáculo [2].

El Señor es contigo: *Dominus tecum...*; y si en el cielo está contigo el Dios que me ha de juzgar, ¡oh Madre mía! defiéndeme en aquella hora decisiva de mi suerte eterna; detén el brazo airado de tu Hijo, ofendido por mis infidelida-

(1) Astitit Regina á dextris tuis. (Ps. XLIV. 10).

(2) In sole possuit tabernaculum suum. (Id. XVIII, 6).

des; aplaca con el auxilio de tu intercesión poderosísima los rigores de la justicia, para que los tesoros de la infinita misericordia suplan la escasez de mis méritos y la pobreza de mis virtudes, á fin de asegurar mi salvación eterna, mi dicha final, mi eterna gloria.

AMEN.